Los Patos Negros
SATURNINO MUNIAGURRIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El pato negro es el ave más difícil de cazar. Ariscos por naturaleza o porque la persecución de que son objeto los ha vuelto desconfiados, levantan el vuelo antes que los cazadores consigan acercárseles lo necesario para disparar sus armas sobre ellos. Tienen que tirarles al vuelo, cuando a la caída de la tarde regresan a sus dormideros. Su carne es tierna y sabrosa, con ese sabor típicamente silvestre que hace la delicia de los gurmet. Únase a esto su tamaño, mayor que el de cualquier otra ave de su especie y se tendrá la explicación de la guerra sin cuartel que se les hace.

Mi padre era un hombre de carácter jovial y poseía la rara virtud de desentenderse de las preocupaciones, mientras las dificultades y problemas en que habían tenido origen, no exigieran una solución inmediata. Cierta mañana pidió a mi madre que le preparara algo fiambre para comer a mediodía.

-Iré -le dijo- a cazar patos negros al Tacuaral.

Estas aves buscan su alimento en los esteros y bañados, pero a mediodía ganan los montes ocultándose en las copas de los árboles de sus orillas, que de ordinario son los más altos. Gateándolos, protegidos por la maleza, es posible acercarse a ellos y darles caza, pero hay que andar con toda precaución, pues son sumamente desconfiados y ariscos.

-Me acompañará uno de ustedes -nos dijo dirigiéndose a mí y mis hermanos-. Si fueran más los ahuyentarían, pues tienen el oído tan fino que perciben el menor rumor.

Se tiró a la suerte quien debía acompañarlo y salí yo favorecido. Partimos de casa más o menos a las diez de la mañana. Teníamos un par de horas por delante antes que los patos ganaran los montes, a sestear, y como ese tiempo resultaba demasiado largo dado el camino que para llegar a ellos había que recorrer, mi padre resolvió dirigirse primero a la costa del río. Mientras él avanzaba al paso de su caballo, yo correteaba por entre el cardal, quebrando sus varas a chicotazos, sin cuidarme ni poco ni mucho que sus espinas me lastimaran las piernas. El campo aparecía vestido de un azul casi morado, por las flores de típíchá guaicurú, planta indígena de vigoroso desarrollo que crece con preferencia en los espartillares, a los cuales concluye por ahogar. Costeando el bañado llegamos a un punto en que el río cambiando de dirección retrocede, para seguir de nuevo su curso, encajonado entre altas barrancas. En la península así formada y en su parte central, el terreno, cuyo nivel es allí más bajo, recibe el exceso de las aguas de las crecientes, transformado en un lago artificial. Una densa vegetación flotante lo cubre en toda su parte exterior. Son los embalsados, cuya apariencia en nada se diferencia a la de la tierra firme, pero que crecen con absoluta independencia de ella. En la profundidad de las aguas a que estos embalsados circundan, arraigan, aisladas de la orilla, las victorias regias, cuyas semillas una vez sazonadas, constituyen el principal alimento de los patos que buscábamos. Cruzándose por entre dichas plantas, nadaban majestuosamente, tranquilos, en la seguridad de saber que a la distancia a que se hallaban, no podrían ser alcanzados por ninguna escopeta.

¿Cómo saber en qué sitio del monte, horas más o menos, bajarían a sombrear?

Nos dirigimos para averiguarlo, a una ranchada levantada sobre la barranca, como a mil quinientos metros del monte. Vivía allí Torito, el recadero, quien salió a recibirnos. La casa, más que de casa tenía aspecto de madriguera. El techo de totora -toda revuelta por los vientos-, tocaba casi el suelo. La habitación única de que se componía servía de dormitorio y de cocina a la vez, a juzgar por el humo que se escapaba por entre las agrietadas paredes. El nombre de Torito no era tal; se trataba sólo de un apodo. El que se lo aplicó no pudo haber hallado otro más adecuado. El torito es una planta rastrera que crece con preferencia en los patios y en los corrales abandonados. Se trata de una planta pequeña pero que se multiplica en tal forma que concluye por avasallar al pasto, transformado en mullida alfombra, con la cual no podría competir la del más fino terciopelo. Correr sobre ella, principalmente en las mañanas en que el rocío la humedecía, era para mí un deleite. Pero a la entrada del invierno, su color verde oscuro, se vuelve casi café y sus finas y menudas hojas se transforman en otras tantas espinitas, al caminar sobre las cuales, se hunden pérfidamente en las carnes, siendo muy difícil extraerlas.

En este período de su evolución, el torito se parece al pelo mota de los negros, y mota era el suyo también. El Torito era además torito porque hallaba siempre la manera de insinuarse en la confianza de los demás, para hundirles, una vez logrado su propósito, sus espinas ponzoñosas, que sin llegar a sangrar eran terriblemente dolorosas. Tal vez no cuatrero, pero si ratero vulgar, intermediario obligado de cuanto pequeño negocio sucio se tramitaba en el lugar, en el que como retribución se le reconocía una parte de las ganancias.

Era ya casi mediodía. El resplandor de las aguas heridas de lleno por el sol se había vuelto tan vivo que era imposible contemplarlas de frente. Ya algún casal de patos había levantado el vuelo dirigiéndose a los montes. Torito nos indicó el sitio en que con preferencia acostumbraban reunirse. Hicimos un rodeo y penetramos en el monte por el lado opuesto, a fin de que no nos sintieran. Después de avanzar un buen trecho entre los árboles, nos detuvimos bajo un matorral de tacuaras cuyos gajos arqueados en forma de amplio dosel, nos protegían. Desde allí los patos podían ser asesinados impunemente, siempre que se posaran en los árboles indicados por Torito. Me deslicé como una víbora y me oculté entre unos altos helechos que entrecruzando sus anchas hojas caladas, crecían al margen de un arroyo que corría no lejos. Desde allí podía observar cuanto ocurría sin que mi presencia fuera notada. El tiempo transcurría para mí demasiado lento; los minutos me parecían horas. Me empapaba el sudor y los mosquitos me acribillaban con sus picaduras, sin que eso me decidiera a cambiar de posición, temeroso de que mis movimientos ahuyentaran a las aves. Por fin se hizo presente la primera pareja de ellas, denunciada por el zumbido de sus alas. Detrás llegaron otras varias. No me explicaba porqué mi padre demoraba tanto en tirar. Cuando menos lo esperaba sonaron consecutivamente dos disparos. Casi al mismo tiempo observé que uno de los patos rebotando de rama en rama, caía pesadamente en el agua, mientras que otro, tras de volar un corto trecho, se desplomaba en la ribera opuesta del arroyo. Mi padre corrió hasta donde yo me encontraba y enseñándome un tronco de árbol que haciendo de puente unía las dos márgenes, me ordenó que cruzara por él y fuera en busca de la última de las aves mencionadas. El tronco se hallaba cubierto de un verdín resbaladizo, debido a lo cual hube de caer cuando me hallaba a mitad de camino. Me salvó una rama que colgaba sobre mi cabeza y de la cual me así fuertemente. En dos saltos alcancé al pato herido y cogiéndolo por las alas emprendí el regreso. Me juzgaba libre ya de todo riesgo, cuando de pronto el pato se puso a aletear en tal forma que haciéndome perder el equilibrio caí al agua, bajo la cual desaparecí. Me revolvía desesperadamente en ella buscando de qué asirme, cuando mi padre arrojándose al arroyo me cogió por los cabellos y sacó a la orilla. Aunque recibí un susto mayúsculo, no por eso solté el pato, que conservaba fuertemente asido.

Valiéndose de una tacuara que cortó con su cuchillo, mi padre arrimó al otro pato a la orilla. Se trataba de dos magníficos ejemplares. Desplumados y pesados que fueron después de llegar a casa, cada uno pesó más de cinco kilos.

-Nunca te hubiera creído capaz de tal hazaña - me dijo el maestro, después de haberle referido lo que acababa de realizar. Y agregó:

-Hemos de ir una de estas tardes, a esperarlos cuando van a sus dormideros, y bolearlos al vuelo.

-Las boleadoras de Perucho no los alcanza. Menos las mías.

- Las que yo tengo, sí.

- No se las había visto.

-¿Para qué enseñarlas, mientras no se las puede usar? Pero esta vez van a salir a relucir.

-¿Dónde las guarda que no se las ve?

-Las llevo a la cintura. Me sirven de arma.

Le pedí que me las enseñara. Quería saber si en algo se diferenciaban de las nuestras. Dejó el serrucho que empuñaba en ese momento, y de sobre la camisa extrajo un par de ellas, de las que se servía como cinto para sujetar el pantalón. Eran mucho más largas y reforzadas que las nuestras y sus plomos, relucientes debido a su roce con la ropa, de mayores dimensiones.

Viendo el asombro que me producían, soltó una carcajada.

-Vas a ver el destrozo que hago entre los patos -exclamó-. Una vez le corté a uno el pescuezo y como el cuerpo era más pesado que la cabeza, cayó al suelo antes que ella...

-¿Cuándo me va a mostrar lo que es capaz de hacer con sus boleadoras? - pregunté al maestro, un día que él y yo no teníamos mayor cosa que hacer.

-Iremos mañana que es sábado y que por la tarde no hay clase, a esperar a los patos. Como eso dura poco tiempo, pues no son tantos, llevaremos nuestras líneas para pescar después.

Toda la tarde del viernes me pasé en preparativos -hacer anzuelos con alfileres para pescar mojarras que nos sirvieron de carnada, sacar del pozo, con el balde, las ranas que allí vivían, para hacerlas servir al mismo objeto-. Con el pequeño cuchillo de que era dueño, me puse después a desbasar mi montado. El maestro me observaba; en los labios aquella su sonrisa inofensiva, que esta vez me pareció un tanto fisgona.

-A este paso llegarás a ser un buen estanciero -dijo-. Pero para serlo de verdad hay que aprender muchas otras cosas. Las aprenderás en ocasiones, sin necesidad de abandonar la casa, sólo con oírlas comentar. Otras veces si no le pedís al campo que te las enseñe, no las aprenderás nunca. Por ejemplo, para conocer la diferencia que existe entre caballo y montado, no necesitás haber andado en ellos. Basta que "alguien te lo explique.

-¿En qué consiste esa diferencia?

-Montado es el caballo a que su dueño sube siempre, y es por tanto como una prolongación suya. En tanto que caballo es uno de los tantos que uno posee, al que cualquiera puede subir. La misma idea expresaban los indios valiéndose de las palabras rendá y rímbá. Rendá era lo primero; rímbá lo último. Tendá, palabra de la cual viene rendá, era el lugar que a uno le servía de asiento -silla, lugar de su residencia o de sus negocios-, y como uno marcha sentado en el caballo, lo llamó del mismo modo cuando era su medio ordinario de viajar.

La ciencia infusa del maestro despertó mi admiración. Era una especie de enciclopedia de conocimientos rurales, que unas veces en forma sinténtica y otras con lujo de detalles, se complacía en hacer conocer de sus oyentes.

Partimos temprano. En lugar de seguir el camino, cruzamos el espartillar y nos dirigimos a la costa del río. El espartillo es uno de los pastos más generalizados en Corrientes. Similar al conocido con el nombre de pasto puna, en La Pampa, es mucho más vigoroso y desarrollado que éste. Sus tallos, de color azulenco, son delgados y flexibles, razón por la cual ondean al menor soplo del viento. Crece formando matorrales. Vistos desde una una altura vecina, semejan, cuando el viento los agita, un mar de pequeñas olas encrespadas. Diminutos conos de tierra negra, salpicados por los deyecciones de las aves, asomaban aquí y allá por entre el pasto. Eran tan duros que uno podía bajarse del caballo, sobre ellos, sin que se desmoronasen. A estas aglomeraciones de tierra se las llama cupií. Armado de una pala, Perucho solía ir en su busca. Los atacaba por la base y luego de desprenderlos, los alzaba en una carretilla y conducía a la estancia. Rotos a golpes, salían de su interior sus moradores, unos pequeños y movedizos insectos que se podían contar por miles. En tiempos en que escaseaba el maíz, los pollitos hallaban en ellos un excelente alimento.

Como nos sobraba tiempo, lo empleamos en juntar huevos de perdiz, haciéndolas levantar el vuelo con los perros, la hierba caá mbotorí -en guaraní, hierba que alegra-, planta con cuya infusión los indios combatían las enfermedades del corazón, y nidos de cardenales amarillos -en el espinillar próximo-, tan difíciles de encontrar por lo escasos, como empeñosamente buscados, por la belleza del plumaje y poderoso hechizo del canto de dichas aves. Llegamos al sitio elegido de antemano, justo a la hora en que los patos empezaban a levantarse. El maestro se agazapó detrás de un matorral de cortaderas. Yo me alejé y oculté en un mogote de talas. Mis boleadoras eran demasiado livianas y pequeñas para pretender abatir con ellas unas aves tan grandes y de vuelo tan poderoso. Tras una corta espera, observé que el maestro se erguía de improviso y lanzaba sus boleadoras a un casal de patos que volando a gran altura venían en dirección a él. Las boleadoras les pasaron rozando y los patos, tras un

breve planeo, siguieron adelante. Los tiros se repitieron sin mejor éxito. Después de cada uno, el maestro se volvía hacia mí y levantaba los hombros. No sé si lo que deseaba exteriorizar en tal forma era el asombro que le causaba el haber errado o su resignación frente al fracaso. No abatió un solo pato.

-Vas a pensar que soy un chambón -me dijo cuando volvimos a reunirnos-. Sin embargo: la culpa no es mía. El sol, dándome de frente, me encandilaba. Me guiaba más que por los bultos, por el zumbido de las alas. ¿Qué puntería se le puede exigir a un ,ciego?

No quise hacerle ver que mi opinión era otra.

-Tal vez como pescadores tengamos más suerte -le dije-. Por lo menos no se corre el riesgo de que los pescados se encandilen también y dejen de ver la carnada.

No tardamos en llegar al río. Dejamos atados nuestros montados a unas matas de cortaderas y por un senderito abierto en zigzag en la barranca, descendimos a orillas del agua. A ambos lados, y hasta perderse de vista, se extendía una angosta y arenosa playa. Al sarvar un recodo cuyas barrancas nos mantenía oculto el curso superior del río, divisamos un casal de patos negros, acompañados de ocho o diez pichones, plácidamente nadando en la corriente. Dicen que esta clase de volátiles pone sus huevos en los agujeros que hallan en los troncos de los árboles y que se valen del pico para bajar de allí sus pichones. Se me iban los ojos detrás de los que veía delante corretear alegremente, golpeando las aguas con las alas. Parecían apenas emplumados, de manera que para quien supiera nadar, me parecía que su cacería resultaría fácil.

- ¿Qué hacemos? - pregunté a mi acompañante.

-Y, dejarlos ir.

-¿No se echa al agua a agarrarlos?

- Sería tan fácil como tratar de agarrar en esa forma a un pescado. Son de zambulidores más que un macá.

- Se me ocurre una ídea: pescarlos con nuestras líneas.

-Y a mí, preguntar: ¿cómo conseguirías hacerles tragar los anzuelos?

-Arrojándoselos sobre el cuerpo y tirando luego de la línea, los ensartaríamos.

-Es una idea como cualquier otra.

Después de pruebas reiteradas e inútiles, conseguimos por fin ensartar dos de los patos pichones. La pata madre volaba en tanto desesperada sobre nuestras cabezas, trazando círculos cada vez más cerrados. No sé si porque la del maestro le resultaba más visible en razón de que se hallaba sin sombrero, o por que la espesa cabellera de que estaba cubierta le daba cierto aspecto que bien podía haber inducido al ave a tomarla por la de una fiera,, el caso fue que se especializó con él, rozándole casi el cráneo con la punta de las alas en cada vuelta que daba. Juzgando no desperdiciable esta nueva presa y molesto además por el acoso de que lo hacía objeto, desató sus boleadora y reboleándola en alto la arrojó al ave en circunstancias en que la tenía tan cerca que de ninguna manera podía errar el tiro. La pata cayó al suelo enredada en los hilos de la boleadora, volvió a elevarse, y cayendo y levantando, ganó el río antes que el maestro hubiera podido intervenir, nadó un breve trecho y desapareció por fin bajo el agua, arrastrada por el peso de los plomos.

Poniendo los brazos en jarras, exclamó el maestro:

-Hace más de diez años que la tengo ¡y vean cómo vengo a perderla!

-Que la tuvo, querrá decir. Ahora es del río, en donde dormirá " el sueño de los justos", pues a estar a lo que sé, a ningún ave hizo daño, mientras estuvo en su poder.

Regresamos de inmediato pues había que recorrer una buena distancia y deseábamos llegar a nuestra casa antes que oscureciera del todo. Una brisa ligera, impregnada de silvestres aromas, nos aciriciaba al pasar, jugueteaba en el espartillar que cruzábamos a lo largo, y hacía balancear los gajos de los árboles inmediatos. Cientos de pequeñas golondrinas revoloteaban en derredor nuestro. Buceaban en el aire, dando caza a los insectos que el paso de nuestros caballos levantaba. Se parecen a las demás golondrinas en el azul metálico de las plumas del lomo, pero las del pecho son de color casi café. Acompañan en su marcha al viajero, a veces

por varias leguas, durmiendo donde las toma la noche, acurrucadas en los hilos de los alambrados si tienen la suerte de tropezar con uno de ellos.

Esta fue mi primera excursión a deshoras. Rodeado por la oscuridad, las sensaciones que experimentaba y las ideas que se adueñaban de mi espíritu, eran completamente distintas. Cuando marchando de día, tropezaba el caballo que montaba, sabía que si caía, la tierra estaba cerca para recibirme. Ahora me parecía que caería en un abismo sin fondo. Borrados los contornos de las cosas, se transformaban para mí en otras diferentes, a las que dotaba de vida mi imaginación. Perros sin cabeza -que con seguridad eran sólo matas de pasto-, fantasmas envueltos en sábanas -que posiblemente no pasaban de ser sino las cortinas de flores que las barbas de viejo colgaban de los espinillos, y que el viento hacía ondular a su paso. El ruido de los cardos secos, al quebrarse bajo los cascos de nuestras cabalgaduras, me parecía ser de huesos quebrantados. Las luces que veía, probablemente provenientes de poblaciones lejanas, me parecía que cambiaban de lugar, cuando en realidad éramos nosotros quienes nos desplazábamos.

-No hay que confundirlas con los ñandú tatá (avestruces de fuego, nombre que en guaraní se da a los fuegos fatuos) -me dijo el maestro-. Estas luces, como los avestruces cuando disparan, andan haciendo gambetas. Jamás se les da alcance y a lo mejor desaparecen; por lo que muchos piensan que es mejor no seguirlas, pues sólo se trata de luces malas que no tienen más objeto que extraviar a los viajeros.

Cuando chillaba un zuindá, me parecía que alguien desgarraba un vientre de una cuchillada. Era la reminiscencia inconciente de una escena presenciada por mí con toda frecuencia -la de un hombre armado de filoso cuchillo endiendo, con el ruido de una tela que se rasga, el vientre de una res-.

Entre el río y nuestra casa se interponía, más o menos a mitad de camino, la "Isleta del Diablo". Había que seguir, para atravesarla, una estrecha picada que la cruzaba de parte a parte. Era tan angosta, que apenas si permitía el tránsito a caballo, cerrándose en lo alto por la unión de los gajos que formaban una bóveda. Cuando llegamos a la isleta había oscurecido casi por completo. En la semioscuridad reinante distinguía las enormes flores rojas de los caraguatás que flanqueaban la picada. Eran como estrellas de fuego destacándose en la noche, con amortiguado resplandor. Para evitar los pinchazos de los cardos, teníamos que marchar con las piernas encogidas. Pero la estrechez del sendero cobraba amplitud de improviso, transformado aquél en una abra. Era algo como una enorme bandeja con el plan cubierto de tierno y húmedo césped y los bordes adornados de multitud de flores diversas -"primaveras" de pétalos amarillos, salvias de tintas violetas, azucenas que creciendo en profusión formaban una cortina variopinta, en sus dos tonos, azul y blanco-. Desde la horqueta de un árbol un ñacurutú lanzó su lúgubre canto. El yasí yateré, como respondiéndole, elevó su grito misterioso y triste a la vez, el que nos acompañó hasta que salimos de la isleta; procedía siempre del mismo pájaro, pero por más empeño que puse en divisarlo, no lo conseguí.

-¿No te da miedo cruzar de noche el monte? - preguntóme mi acompañante.

-Me pasa algo raro. Diríase que el corazón se me encoge.

-La razón es que de día somos nosotros los que lo observamos, y que de noche es él quien nos observa.

-¿Tiene pues ojos también el monte?

-Sí, aunque distintos a los nuestros. Nos mira por medio de sus animales y sus plantas y por los ojos de los seres invisibles que lo pueblan. ¿Nunca oíste hablar de los poras?

-Alguna vez.

Los guaraníes decían que cuando los árboles alcanzan cierta edad, se convierten en guarida de ellos.

- ¿Qué son los poras?

- Es difícil explicarte. Algo así como genios o duendes traviesos. Enemigos de quienes maltratan los árboles en que moran, los cubren de orticaria las veces que a ellos se aproximan, no siendo difícil que suelten la víbora que vive escondida en un agujero de sus troncos, para

que los pique y los mate. Si en cambio dichos árboles son objeto de cuidados, devuelven el beneficio recibido, de una u otra manera. Hacen que los pájaros vengan a cantar en ellos con preferencia a cualquier otro lugar. Si se trata de frutales, las frutas que producen no tendrán comparación. Cuando hay un mal tiempo, atraen el rayo sobre su copa, para salvar a su benefactor cobijado bajo ella. Por eso donviene plantar árboles cerca de las casas y cuidarlos en todo tiempo.

-¿Todavía hay quien crea en esas cosas?

-Preguntale a tía Jesús y lo verás.

- Voy a pegarle entonces un susto.

- ¿En qué forma?

- Pronto va a saberlo.

La mayor frescura del aire nos anunció la proximidad del campo libre. Se desgarró de pronto el telón de sombras formado por la selva y apareció el cielo espléndidamente estrellado. Cuando llegamos, la casa nadaba en las tinieblas. Lo único que las alteraba eran los cuadritos de los postigos abiertos, por donde se filtraba la luz de las lámparas encendidas en las habitaciones.

Colgué los patos en el íbapoí, un árbol que solo ocupaba todo el patio, y me dirigí a la cocina, donde tía Jesús -la vieja sirvientra negra que hacía de ama de llaves en la casa- preparaba una tortilla de huevos de avestruz.

-Te traemos -le dije- dos hermosos pescados.

-¿Dónde están?

-Colgados del íbapoí. Hay que destriparlos enseguida para que no se descompongan, pues recién mañana podremos comerlos.

Envió a Perucho por ellos. En el interín llegó el maestro y poco después una sirvienta. Perucho regresó con los patos.

-¿Y los pescados? - interrogó tía Jesús.

-Yo no hallé sino esto.

¿Cómo puede ser -exclamé-, si lo que trajimos fueron pescados y no patos? Ha ocurrido algo extraordinario, ¿no le parece maestro? - y le guiñé disimuladamente un ojo.

-No cabeduda. Como que a los pescados fuí yo quien los sacó.

-Debieron ser tres, pero el último cortó la línea y se escapó.

-Tía Jesús seguía la conversación con vivo interés. -Es la consecuencia de andar de noche y cruzar por lugares peligrosos.

-Como la Isleta del Diablo.

-¿Qué tiene de particular dicha isleta? - preguntó la sirvienta.

-Como dicen que está llena de poras.

-¿Y qué tienen que ver los poras en el asunto?

-Pudo habérseles ocurrido jugarnos una broma, transformando los pescados en patos.

A tía Jesús le empezaron a temblar las manos. El tic nervioso de su ojo izquierdo, se volvió más acentuado.

-¡Jesús María! - exclamó, santiguándose.

La sirvienta sospechando la broma, salió en su defensa.

-¿Dónde se ha visto que los pescados se transformen en patos? - exclamó.

-En ninguna parte que no sea en la Isleta del Diablo, por la que el maestro y yo acabamos de pasar.

-No lo creeré si no ofrecen una prueba.

-La tenés a la vista. Si fueran patos que hubiéramos boleado -y no sé de qué otra manera los íbamos a agarrar-, tendrían plumas en las alas, pues no hubieran podido volar sin ellas, en tanto que las de éstos, no tienen sino cañones.

Tía Jesús no dudó ya. Unía a la ingenuidad de los niños el ímpetu de los animales en estado salvaje. Le empezaron a castañetear los dientes, mientras se le salían los ojos de las órbitas. En esto entró mi madre y se informó de lo ocurrido.

-Haces mal -me dijo- en engañarla de ese modo. Y volviéndose a su vieja sirvienta, le dijo:

-Se están burlando de vos. No les hagas caso.

Pero tía Jesús seguía gesticulando y haciendo visajes, pues creía en los poras con la misma fe que en la Virgen.

Había iniciado un pequeño zapateo, cuando mi madre deseando evitar la crisis que veía aproximarse, le dijo:

-Te voy a dar una prueba de que no son pescados sino patos.

Cogió el cuchillo de la cocina y de un tajo dividió en dos la pechuga de una de las aves.

-Si fueran pescados, tendrían espinas, y ya ves que no aparece ninguna.

Se operó entonces en la negra, instantánea transformación. Su terror se convirtió en furia. Dióme un empujón tan fuerte que rodé por el suelo. Alguien la sujetó por la cintura, dándome tiempo a que me levantara y huyera, no siendo menor mi susto que el que había despertado en ella. Consiguió soltarse, persiguiéndome por toda la casa. Una gama no corría más ligero que yo. Cuando por fin consiguieron sujetarla nuevamente, la furia que la dominaba se transformó en llanto copioso. La llevaron a su cama, y allí apaciguada, se quedó dormida.